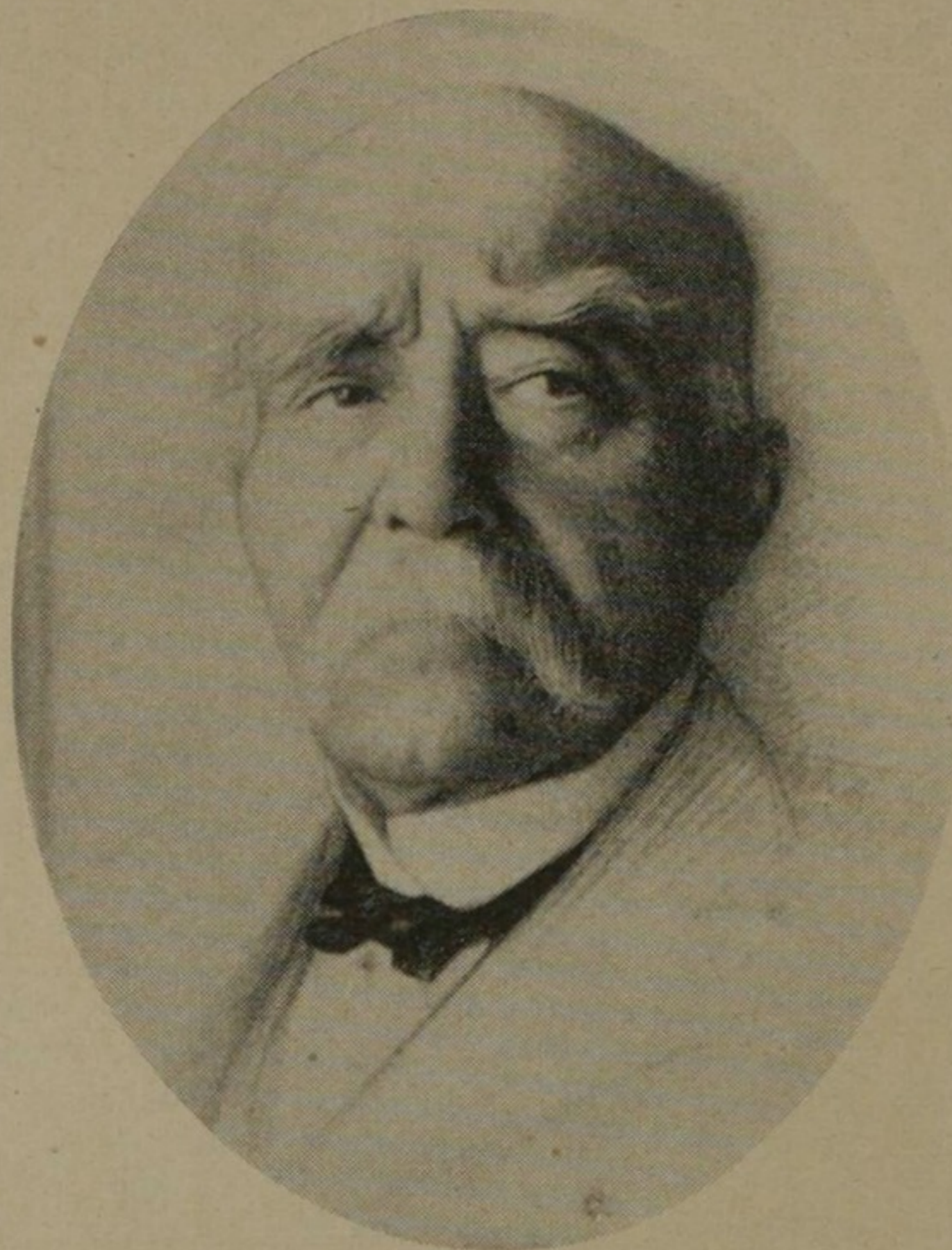


## Un rey de hombres: Georges Clemenceau

=De *Caras y Caretas*. Buenos Aires=



Georges Clemenceau

Dibujo de René Godard

Georges Clemenceau era un rey de hombres. Tenía como Agamemón, el hábito del grito, y como Aquiles, el hábito de la cólera. Más, como los reyes que acaudillaban con su voz y con su lanza, junto a las murallas de la ciudad resistente, a las huestes helénicas, Clemenceau no gritaba ni se encolerizaba en vano. Necesitamos, sin duda, buscar entre los héroes míticos, de los cuales nos da la poesía una dimensión sobrehumana, el símil adecuado a su figura, porque su vida y sus hechos lo sustraen a la medida ordinaria con que tasamos el valor o el mérito de las personas. Nada hay en Georges Clemenceau que permita someterlo al juicio con que examinamos a nuestros semejantes. Habría podido preguntar a los que le atacaban o se defendían de sus ataques: «¿En qué me parezco a vosotros? Ya sé que no tenéis mis defectos. Me consuelo, en cambio, en no tener vuestras virtudes». No eran defectos los suyos, sino deformidades, como no son errores de geometría las hendiduras de las montañas. Y esas deformidades daban miedo. Era cavernoso y caudaloso. Sabía enfurecerse, o mejor dicho, el furor era el estado natural de su temperamento o el rasgo normal con que se manifestaba su inteligencia. Y sabía odiar. ¿Cómo es posible que en una sociedad como la de Francia, en que la gente aprecia sobre todas las cosas el sentido de la medida, la relación inmediata de causa a efecto y que rechaza, por la índole de su espíritu, lo que representa una brusquedad bárbara o un fenómeno que contradice a la noción colectiva de las categorías, de las normas, haya podido sobreponerse a su sensibilidad ordenada el individuo que desde su comienzo se ofrece como una excepción, por su violencia, por su genio agresivo, por su aislamiento desdeñoso y magnífico? Por eso, precisamente, era un rey de hombres. No poseía Clemenceau la riqueza heredada de un apellido o el prestigio de una vasta fortuna. Pertenecía a ese tipo uniforme del francés que procede de la burguesía provinciana y va, como los jóvenes de Balzac, a la conquista de París. Pero había nacido con el destino de los reyes, a quienes la fatalidad de la historia reserva el trono a pesar de la adversidad que los combate. Como los reyes medioevales, que conocen las peripecias trágicas de la fuga, de la persecución y de la mazmorra y no obstante la obstinación de su desventura, llegan en un momento al dominio y a la expansión de su personalidad, Georges Clemenceau ha conocido en su largo itinerario de combatiente aislado esas vicisitudes singulares. Su existencia se inició en medio de los tumultos de París, cuando el pueblo, fatigado de la guerra y exacerbado por la derrota, quiso repetir la catástrofe de la revolución de 1789. ¿Quién era entonces el futuro director de la guerra europea y el futuro vencedor del imperio germánico? Escribía en un pequeño periódico con Emilio Zola y frecuentaba con los

pintores nuevos, con los artistas ignorados, los cafés populares del Barrio Latino. Queda únicamente un recuerdo documentado de aquella época. En ese periódico, que se inclinaba hacia las ideas extremas, hacia una especie de socialismo utópico, lanzó un reto, en nombre de la juventud francesa, al caduco novelista Edmond About, olvidado hoy, que se quejó contra las masas juveniles, a las cuales atribuyó el fracaso de una pieza teatral. Esa carta de Clemenceau revela ya las líneas recias de su carácter, el vigor brutal de su lógica y algo que fué fundamental en el desarrollo de este hombre único y que fué su capacidad de agresión. Hubiérase dicho que Georges Clemenceau sería un escritor de brío, un polemista de formidable potencia, pero, nada más que escritor. Los acontecimientos históricos no tardaron en distraerlo de la literatura. La aptitud del hombre de acción predominaba en su modalidad sobre las demás aptitudes. Su instinto lo llevaba hacia las aspiraciones del pueblo. Parecía ser un sobreviviente—y lo era en realidad—de los tribunos de la Revolución Francesa, y en su acento, en su furia, en su tendencia individual, en sus sentimientos de ciudadano repercutían las voces que agitaron a las masas en los días oscuros del terror. El pueblo lo atraía, no como atrae a los apóstoles y a los profetas, a Jaurés, por ejemplo, o a Benoit Malon, con una especie de piedad evangélica, con una ternura conmovida en que se advierte un fondo de religiosidad. Georges Clemenceau sentía en sí

ese amor transformado en una concepción ruda y cambiante de los problemas provocados por los sucesos de cada día. Ama la justicia abstractamente; pelea por la justicia; ama al país, con un frenesí que le enceguece y al propio tiempo, su actitud es de disentimiento perpetuo con los que, a su vez, se caracterizan por su amor a la justicia o por su amor a la patria. Se diría que las coincidencias le irritaban como una ofensa y que cultivaba el desacuerdo con sus contemporáneos y aún con sus correligionarios, como un método para lograr la realización de sus propósitos. En efecto, ha vivido en la soledad. Los que veían en Clemenceau un representante de sus ideas, una expresión de sus programas momentáneos, temían acercársele, despavoridos ante su probable reacción. Y así actuó, siendo a la vez escritor, periodista, estudioso de ciencias múltiples y político sin partido. Se le llamaba el derribador de ministerios porque, en verdad, su ocupación consistía aparentemente, en gozarse en la destrucción. El que estaba en el gobierno, por su popularidad o por su talento, tenía que cuidarse de Clemenceau. Clemenceau, en su banco, desde la Asamblea de Burdeos, al finalizar la guerra con Prusia, era el fiscal del Parlamento, el censor implacable de la política. Su dura silueta se destacaba entre la muchedumbre de legisladores; su efigie les impresionaba; su mirada les daba vértigo. Y cuando ascendía a la tribuna, el gobierno comprendía que su hora última había llegado. ¿Hablaba, acaso, en un idioma de elocuencia rotunda, como los tribunos dantonianos, con un estilo de alarma y de admonición? Al contrario. Hablaba como escribía, con una naturalidad de plática, y su crueldad radicaba en su ingenio agudo y profundo, en su impavidez para decir lo que nadie se animaba a decir. Su ingenio era mortífero como su ataque. Pero, mientras los demás políticos, vinculados a agrupaciones, ceñidos a una doctrina, comprensivos de las necesidades eventuales, transigían, esto es, gobernaban o esperaban gobernar, Clemenceau se atenia únicamente a su verdad personal, a su convulsión o emoción del momento. La soledad, propicia a su naturaleza de ogro genial y alegre, de una alegría arisca y peñascosa, le formó en la costumbre de la verdad. Nunca se le hallaba dentro de los pensamientos hechos, de las maneras convencionales. Lo que cada uno callaba, Clemenceau lo decía y esto le dió la posición de individuo metido en una fortaleza frente a un desfiladero. Este hombre de genio no dominó por su genio sino por la libertad con que lo empleaba. Sí; probablemente ninguna de las deficiencias que le reprochaban sus enemigos era una exageración de su hostilidad. Mas, por encima de esas deficiencias que constituían los tenebrosos declives de su carácter, se le reconocían facultades que las compensaban.

(Pasa a la Pág. 128)